

Tancredo.—Beso no basta, hijito: esa es estupidez cotidiana que reportan los lectores; porque como dije el otro día en un editorial, los ferrocarriles, la revolución...

Rivera Pepe.—Basta! *God by!* Vámonos.

(*Todos salen de la presidencia mohinos y cariacacontecidos. Goehiroa y Matos les cantan el guajito.*)

"Guajito y á mí qué, etc.

Un rumor extraño se deja oír en las escaleras de palacio: era que Montiel decía á César:

"*Ave compatrii moriture te salutant!*"

César respondió:

"*¡Sigli! ¡Sigli! ó mortus eris per colera et ambitioni!*"

El Tecolote, que presenciaba la escena desde una cornisa, se fué graznando: "Crúa, crúa, crúa. . ."

(Cae el telón)

La Lectura.

## PICOTAZOS

### I

Bajo un hermoso cielo (de petate)  
Con sus estrellas fulgidas (de ocote),  
Juntóse un gran pintor (del Ahuizote)  
Y un sábio literato (del Combate).

--Don Sebastian nos odia (¡disparate!)  
Dijo el sabio al primero (que es un zote),  
Y aunque sea yo un valiente (guajolote)  
Me puede envenenar (con chocolate).

¿Temes á ese tirano? (desacato),  
Yo soy un literato (en esqueleto)  
Y te defenderé (con un canuto).

Si marcháramos unidos (perro y gato)  
Tu pluma y mi pincel (triunfo completo)  
A Lerdo veneraría (¡Jesus, qué brutos!)

### II

Cuando pintó el Ahuizote,  
(Que en pintura es exquisito)  
A Lerdo muy chiquitito  
Y á Don Carlos muy grandote.  
La Voz mandó á un monigote  
Que mostró en esa mañana  
Al rey la estampa galana,  
Y el rey dijo en su estupor:  
--Borrado lo que no hace honor  
A la tierra mexicana.

Con frase tan soberana  
Sierra murió de rubor,  
La Voz rasgó su sotana,  
Y ya sabe Villasana  
Lo que le pasó al pintor.

## UNO DE AQUI A UNO DE ALLA

*Cartas de D. Trinidad Salvatierra  
á su compadre  
D. Meliton Hojarasca*

México, 28 de Junio de 1876.  
Sr. D. Meliton Hojarasca.

Donde se halla:

Mi muy estimado compadre y señor:

Después de saludarlo con el afecto que se merece y desearle completa salud, en compañía de mi comadre Doña Petra y de sus hijas Gertrudis, Gerónima y Vicenta, paso á decirle que esta se reduce únicamente á contarle mi viaje de esa ciudad á esta capital del reino, donde he visto muchas cosas que agua se me hace la boca por contarle: pos compadre, adelante del Jaral atajaron la *deligencia* los cristianos; *súbito* me quedé al ver los tratamientos que nos dieron, y entonces me persuadí, compadre de mi alma, de las mentiras que nos cuenta *El Siglo XIX*, periódico al que daba yo tanto crédito, juzgándolo muy formalote, pues como dicen que es el mas viejo de todos, suponía yo, compadre, que los viejos no cuentan mentiras; pero *algame* Dios, D. Meliton, si creo que el periódico de D. Cumplido es el que cuenta mas mentiras: ya le levanta falsos á un cristiano suponiendo que le escribe cartas de Querétaro, ya á otro que de Puebla, y si todas sus correspondencias son tan verdídicas como las de nuestra tierra, pos ya sabemos que son *purita* invención. Pos como le iba diciendo, nos robaron, y llegamos á San Felipe causando lástimas. Por el beneficio de Dios me encontré con D. Justo el arrendador de caballos de la hacienda de Boecas, y en menos que se lo cuento me dió ropa y algunos medios, con los que aun alcancé á llegar á esta México, desde donde le escribo.

Y aquí se me para el macho, compadre, pos no sé ni cómo seguir contándole todo lo que me pasó; pero haciendo fuerza de memoria, empezaré por el principio que esto entiendo es lo mejor.

Fuí á posarme al mesón de San Vicente desde donde le escribo, compadre, y al otro día, después de sacudir mis trapos y tumbarme el polvo del camino, saqué mis cartas que había escondido en los zapatos para que no cayeran en manos de los cristianos, y que me *endilgo* al Palacio á ver al señor presidente D. Lerdo. El corazón me retemblaba al verme en aquellas salas donde el poderío del hombre unido al de Dios, han juntado tanta cosa que ni modo de darme idea de ellas. Un señor alto, con una barba muy grandota, compadre, me dijo que entrara yo, que el señor presidente me aguardaba. Entré y me atajé en la

puerta como los butros, porque no *vide á naiden*: el señor presidente estaba parado junto á una mesa, y luego que me columbró perplejo, que arrienda y me sale al encuentro: me sentó en un sofá, y con una voz muy suave, muy suave, compadre, me estuvo preguntando lo que habia por nuestra tierra; leyó la carta de D. Pascualito muy suspenso, y luego la de D. Aguilas. Se echó á *rir* cuando le dije: *Algame* Don Presidente, pos cuando es feo como lo pintan en el Ahuizote. Me dió la mano y me mandó con el señor de las barbotas á que me llevara con Mejía D. Pancho, pues dijo que mi negocio era del resorte de este *menistro*; pero que el de las barbas grandes, que es su ayudante por mas señas, y que le dicen por mal nombre el Zuavo, llevaba orden de recomendarme con D. Pancho. Arrendamos por un corredor muy largo y allá, hasta topar con *pader*, dimos con el *menisterio* de Hacienda: el Zuavo iba por delante de mí y me metió hasta la sala del ministro. ¡Ay, compadre! tampoco D. Pancho es feo. . . y *ájule*, cuánto catrin estaba allí con él; sentados junto á una mesa estaban muchos escribidores zúrrale que zúrrale, compadre. D. Mejía no se desdoro de atenderme y me sentó junto á él; me habló silenciosamente, compadre; aquí parece que todos hablan así. Junto á D. Pancho estaba un señor de bigotes aimidonados y de cara *fozca*, segun supe después, es D. Izaguirre, el que maneja todo el dinero del reino: *croque* está rengo, porque chispó sus muletas para dejarme pasar.

D. Francisco me abrió las alas del corazón con su modo rápido de hablar y sus palabrotas; le dije todo y me ofreció que mi negocio quedaria arreglado.

Sali de palacio, la verdad contento, pues en cuanto se lo digo, habia visto al presidente y al ministro: ¿qué hago? me dije luego que me ví en la calle. Vóyme á la *Revista Universal*, merco un periódico; digo qué soy forastero, y pido que me enseñen á ese Talaverilla que tanto lo reclaman en cada escrito del *Monitor*, y. . . como se lo cuento, compadre, llegué á la imprenta y merqué un periódico: iba á preguntar por el Talaverilla cuando que lo veo salir con uno de sus aparceros, con D. Negrete por mas señas; un muchacho alto él, cenceño, de ojos negros que le bailan, compadre. Comenzaron á departir entre ellos, y así supe que D. Negrete sabe muchas lenguas, que nació en Bruselas y aprendió á leer en Paris, que hizo su primera comunión en Roma y luego vino á ser periodista en México: en cuanto al Talaverilla, compadre, le diré qué *dealtiro* es criatura; pero cuánto sabe. . . *algame*, cómo no son así los muchachos de